

Una segunda oportunidad

La gente estaba cansada, fue por eso que se cometió el horripilante crimen colectivo... El pequeño pueblito rural, Nela Surej, al norte del Salvador y aproximadamente a veinte kilómetros de Metapan, era blanco perpetuo del crimen, que en parte, era provocado por las pandillas compuestas por una juventud sin provecho, aunque no se podía negar que la mayor parte del problema era el gobierno. Toda una generación que después de arriesgarse en un viaje hacia el norte lleno de peligros, abusos y humillaciones en busca de mejores suertes y de otras formas de aliviar los estragos de sus monótonas y desahuciadas vidas, eran repatriados a sus pueblos natales, no sin antes haber sucumbido a la perdición. Aquella juventud había sido despojada de sus principios morales y de sus valores tradicionales por el proceso destructivo y devastador de las calles cosmopolitas. Estos muros de cientos de años de ancho y toda una sociedad de alto se iban agrietando lentamente con las influencias negativas que los taladraban por todos los ángulos. Las grietas se habían hecho tan grandes y profundas, como ríos que con sus corrientes iban carcomiendo la estructura hasta que finalmente aquéllos se fueron doblando ante su inmenso peso.

Había entrado el segundo milenio y con él una corriente de esperanza y de mejoría, que desafortunadamente nunca llegó. Durante los últimos años, el crimen juvenil había aumentado a pasos agigantados, Como los que da el tiempo cuando el ser humano recuerda, al final de su vida, los años transcurridos. A diario aparecían publicadas en las páginas de los periódicos las masacres de familias que eran asaltadas por los pandilleros, que buscando miserias no les importaba arrebatar vidas. Eran tan comunes estas noticias que por largo tiempo los diarios dejaron de incluirlas en los encabezados de primera plana. Lo más lamentable de esta situación no atañía a los criminales sino a las autoridades mediocres e incompetentes que, al igual que cualquier otra policía de un país hispano, eran extremadamente lentas, por lo menos mientras no hubieran beneficios monetarios de por medio. Los casos y las denuncias levantadas por la ciudadanía se extraviaban en aquel sistema español que se embarcó con la conquista para quedarse, y a pesar de los cambios y adelantos, el desinterés, la corrupción y la desfachatez permanecían intactos y mantenían al pueblo en la decadencia. Sobre los escritorios de la comandancia se formaban cerros y pilas de papeles empolvados que con el pasar del tiempo, lentamente se teñían y penetraban con aquel color de fiebre que emitía el sol con sus rayos al filtrarse por la ventana. Pareciera que recordaran su pasado, y al igual que las hojas del árbol al que algún día pertenecieron, cuando pierden la clorofila, se volvían

también amarillentos, es por eso que lo hacían, por el recuerdo.

El día anterior al del macabro hecho, apareció en los diarios una vez más en primera plana, la masacre de otra familia. Fue un viernes de abril cuando el pueblo cometió el crimen atroz al que los llevó a la desesperación. A las doce de la tarde, por las callejuelas del pueblo se corrió la voz de que dos pandilleros miembros de *Los greñudos*, estaban saqueando los puestos que la iglesia había puesto para la tómbola. Con frecuencia, la iglesia promovía tómbolas para recaudar el dinero necesario para sus gastos. Se cerraban dos cuadras de la calle enfrente de la iglesia y se ponían puestos donde se vendían antojitos, chucherías y hasta se jugaban juegos de azar. Un grupo de personas que se dirigía a la tómbola, de repente se percató de que las siluetas de dos hombres formadas por el contraste del sol se dirigían hacia ellos. En eso, se vio una tercera silueta de la que provenía una voz que gritaba: "¡Ay! ¡atrapen a esos malditos ladrones!" Con toda la gritería que había no se podía entender claramente lo que gritaba la señora, pero instintivamente el grupo acorraló a los jóvenes para apresarlos. A Yei Si lo pudieron atrapar con relativa facilidad, pareciera que no quisiera escapar, que su futuro estuviera predestinado. Al otro muchacho, al percatarse del peligro, una corriente de adrenalina en cuestión de segundos le recorrió todo su cuerpo y de un salto se hecho a correr por entre las callejuelas logrando escapar.

Ésa fue la gota que derramó el vaso, ya estaban hartos de tanto crimen. El pueblo enfurecido de rabia y odio por el sacrilegio que se terminaba de cometer, amordazó a Yei Si de las manos. Era inconcebible que sucedieran estas cosas en una sociedad tan católica que juraba y perjuraba que jamás haría algo en contra de El Señor. Este crimen y el hecho de que en sus mentes aún estaba fresca la noticia publicada el día anterior, los niños, la sangre, eran suficientes para hacer cualquier locura. El joven vociferaba palabras, pero nadie le daba importancia a lo que decía. La gente cegada, lo llevó hasta la Plaza de las Estatuas abriéndose paso por entre el excremento desechado por las bestias y la basura que cubrían las calles. Desde hace treinta años se le dio ese nombre porque en el centro de la plaza se construyeron tres estatuas. La del centro y la más enorme, era la figura de una mano que tenía el dedo índice ligeramente extendido y los cuatro restantes en una posición contraída y relajada. Las estatuas a los costados eran las de dos libertadores de la independencia cuyos rostros, por el paso del tiempo, el castigo constante de los elementos climatológicos y el maltrato de los pandilleros, eran irreconocibles. Al pie de la estatua central se encontraba un bote vacío de plástico con la marca de Ozarka y un libro deshojado y maltratado. Don Saduc, sin ponerles demasiada atención los hizo a un lado con el giro

lento pero decisivo de su pierna para que no estorbaran. Rodó, y rodó el bote vacío por toda la banqueta hasta caer en el cordón donde se unió con el resto de la basura que se acumulaba en esa esquina. El libro, por falta de la simetría requerida para este nivel de destreza, dio tan sólo un par de volteretas y quedó descansando sobre el suelo con la pasta hacia arriba. De la pasta sólo se podían ver las letras *Ari*, la otra mitad de la pasta que fue cortada diagonalmente y que contenía las dos letras restantes y el nombre del autor, había sido utilizada la semana pasada por un niño para quitarse un pedazo de excremento canino que se había embarrado en las suelas de sus tenis nuevos.

Se escuchó la campanada de la iglesia.

El pueblo había tomado la justicia por sus propias manos. La autoridad más que imponer el orden daba lástima, no había nada que pudiera detener aquella masa. Lo llevaron hasta el centro de la plaza donde se localizaban las estatuas y entre don Faris y don Saduc lo ataron a la estatua central. La piel de las muñecas estaba tan fina y desgastada por la fricción del áspero cordel que se transparentaba lo azulado de sus venas. Al amarrarlo a la estatua, don Faris ejerció tanta fuerza para hacer el nudo que la piel no aguantó más, cedió ante la presión y dejó salir el líquido tan preciado que protegía. Los ríos de aquel vino tinto corrieron por sus manos y se deslizaron con fluidez por toda la base de la estatua hasta dejar una semiesfera coagulada sobre el piso.

El gentío se empezó a acomodar alrededor del infeliz, para castigarlo. Algunos comenzaron a recoger unas piedras negras que abundaban por aquellas tierras. Cuando encontraban una, la observaban cuidadosamente para asegurarse de que no tuvieran puntas afiladas ya que no eran tan dolorosas como las piedras redondas que al estrellarse en el blanco abrían la piel, mas no la cortaban. Otras personas se conformaban con ser simplemente espectadores de aquel espectáculo público. Se reunió tanta gente como cuando llegaba el circo, el tumulto que se formaba cuando la caravana de elefantes, leones, tigres y osos pasaban por las calles hasta llegar al solar donde colocaban la carpa. Era la primera vez en mucho tiempo que verían el acto de magia en la que un hombre atado de manos y pies trataría de escapar de las manos de la muerte. Un acto de magia, en el que se desahogaría todo el odio colectivo. Finalmente habían atrapado a uno de *Los greñudos* y lo juzgarían por sus propias leyes. La multitud se empezó a formar en un semicírculo alrededor del detenido, mientras que don Faris y don Saduc lo empapaban de petróleo. Era increíble la sincronización con que se hacía todo, pareciera que fuera algo innato, algo que ya se había hecho anteriormente. Yel Si, debilitado por

los maltratos y la sangre perdida, no podía ni levantar la cabeza. Hizo un último esfuerzo y logró levantarla un poco, lo suficiente para poder ver a la gente que lo odiaba. Él sabía que no tenía caso hacerlos entrar en razón, ya lo habían hecho una vez y sin lugar a duda lo harían nuevamente. El hombre no es capaz de comprender otras razones, solamente conoce y le interesa su propia razón.

Una segunda campanada llenaba el aire.

Esta masacre, se diferenciaba de las demás porque esta vez los desalmados también se atrevieron a asesinar a los dos niños inocentes hijos de la pareja. En los detalles que proveía el artículo, se describía la forma en la que las autoridades habían encontrado a los niños. Al pequeño lo encontraron con todos sus deditos de las manos mutilados, y sobre el suelo, cerca de su cuerpecito una moneda ensangrentada. Alrededor de la moneda un charco de sangre, parecían los arañazos producidos por el tallar de unos huesitos descarnados que desesperadamente rascaban contra el piso para recoger la redonda moneda y así le fuera perdonada la vida de su hermanita, mientras que los cinco pares de ojos observadores se deleitaban de tan brutal escena, parpadeando por el placer de saber con certeza que el pobre inocente, lleno de dolor, jamás lo lograría. Se dice que cuando llegaron a la escena, en las pupilas opacas del niño aún se podía ver el dolor y la desesperación de ver a su hermanita ser asesinada.

Por la esquina de su ojo Yei Si pudo visualizar la sombra de alguien conocido que se abría paso entre la gente. Conforme se iba acercando su rostro tomaba más forma, era él, su amigo José quien logró llegar hasta la fila de en frente. Era su amigo que se había cortado el cabello para no ser reconocido. Yei Si, bajó lentamente la mirada y al hacerlo vio que en las manos de su amigo se empuñaba una antorcha ardiente. *Los greñudos* eran tan perversos que ni entre ellos mismos valoraban la vida de otro amigo. Sin perder más tiempo José elevó su brazo izquierdo y utilizando todas sus fuerzas lanzó el ardiente objeto hacia su amigo impactándose en su frente. Eso marcó el comienzo de una lluvia descomunal de perdigones que dolorosamente junto con el fuego le arrebataron la vida.

Retumbó una última vez el sonido de la campana y con ella un silencio invadió al pueblo.

El pueblo no había aprendido, dos mil años y no habíamos aprendido, se nos había ido la segunda oportunidad...